



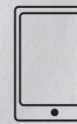
Disponible en
App Store



Disponible en
Play Store



Disponible en kiosko
<http://kiosko.eldiasalamanca.es>



PERSONAJES A LA ÚLTIMA



MIGUEL MARTÍN

EL ROSTRO DE «EL PASTOR»

ANTONIO MARCOS

La meseta se ha hecho carne en la cara y el cuerpo de Miguel Martín para convertirlo en Anselmo, el protagonista de la película *El Pastor*: un hombre luchando por la dignidad y ejerciendo una resistencia humilde pero obstinada frente a lo que ahora llaman sentido común, firme usted aquí, todo esto es por su bien. Ese personaje entre tantas fronteras (entre el campo y la ciudad, lo viejo y lo nuevo, la codicia y la ley), de nuestro Oeste, comparte con Martín un sentido de la ascesis, el empeño por mantener una vocación y una manera de estar en el mundo. En su décima película, la primera como protagonista, después de treinta años en la escena, le llega el tipo de reconocimiento que trasciende a la página impresa: premios al mejor actor en el Raindance Film Festival de Londres –donde ganó también los de mejor película y mejor dirección– y en el Festival International du Film de Bruselas. El próximo viernes, el largometraje dirigido por Jonathan Cenxual Burley se verá por fin en Salamanca en un pase especial en el Teatro Liceo.

«Realmente no he tenido que actuar mucho, soy el pastor», afirma. Aunque se crió en Mozárbez, en plena cañada trashumante, esa afirmación habla sobre todo de su implicación con el personaje. Hace diez años ya había bordado esa mezcla de dureza y humanidad del campo charro interpretando a un capataz en *Sud Express*, la película de Chema de la Peña y Gabriel Velázquez. Fue éste quien le habló a Cenxual sobre Miguel. «No nos conocíamos, pero enseguida sintonizamos. Lo complejo no fue el trabajo con las ovejas, sino mantener el equilibrio de emociones durante todo el rodaje. Me siento orgulloso y agradecido por esa oportunidad», afirma.

No deja de ser curioso que el cine reclame para papeles dramáticos o incluso trágicos (como aquel secuaz del Malamadre en *Celda 211*) a quien con frecuencia le ha bastado con aparecer por el escenario para provocar una carcajada inmediata, en un juego de gestualidad, sentido del ritmo y complicidad con el público sintetizados en un instante. «Me llaman para ese tipo de personajes porque tengo cara de malo, de serio», bromea. Su rostro cómico es el de un Buster Keaton riéndose por dentro, a veces tanto que la risa se le escapa por los ojos y la comisura de los labios. «Cuando estás disfrutando, el público lo nota y ríe contigo. Todo el mundo quiere reír, es algo innato, pero es más difícil que hacer llorar porque eso ya lo da la propia vida, siempre se está más cerca de llorar», explica.

«Si sigo actuando es porque resulta especial cada vez, por encima de las circunstancias. Desde el primer momento, este trabajo pone a prueba tu resistencia», dice. Los días no marcados en el calendario, este admirador de Vittorio Gassman y Dario Fo hace de todo: canta como bajo en el coro Santa Cecilia, echa un tute en el bar El Madroño, incluso actúa a veces como enfermo simulado para las prácticas de los estudiantes de Medicina. Miguel decidió ser actor cuando conoció a su pareja, la actriz y directora teatral Maribel Iglesias. A mediados de los ochenta ya desarrollaban en el barrio de La Vega una impagable actividad cultural y vecinal. «Había una ilusión colectiva, ganas de hacer cosas juntos. Ahora no te educan para ser humilde, trabajador, solidario y con inquietudes artísticas. Te educan para que trabajes, pagues la hipoteca, el coche y los recibos, para el dinero y las posesiones. Lo cultural queda relegado a un último plano», lamenta.

Todo aquel movimiento cristalizó en el recordado Gran Café Teatro de la Vega, del que Miguel y Maribel fueron fundadores, un insobornable cabaret de barrio capaz de juntar a los mejores talentos de varios kilómetros a la redonda y no dejar títere con cabeza. Cerró el telón en la primavera de 2008 por «problemas de seguridad» y estoy seguro de que Salamanca lo echa mucho de menos. «Me gustaría que continuara, pero sé que eso es pedirle peras al olmo».

